

ALA CABEZA

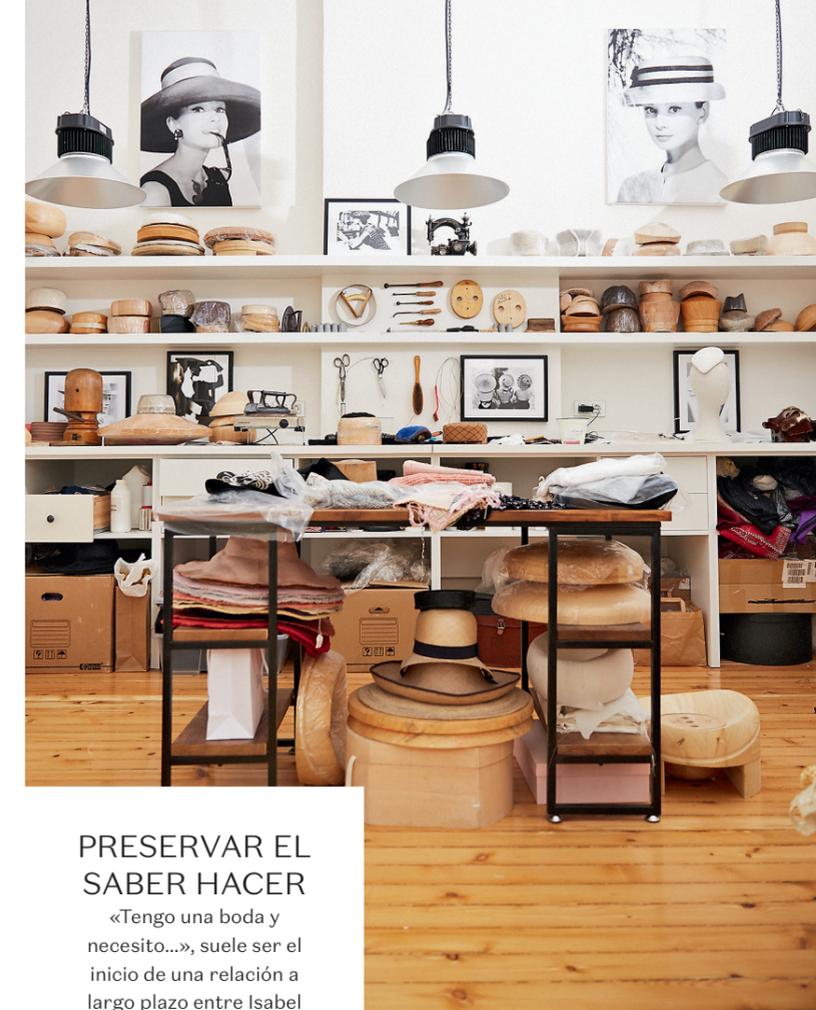


El nuevo lujo rescata tradiciones y costumbres en peligro de extinción. En el taller de Balel el tiempo se detiene para reivindicar el oficio de la sombrerería

Texto PATRICIA RODRÍGUEZ Fotos ANTÁRTICA

Pamelas, casquetes o *canotiers*. Los sombreros de Isabel Terroso se exponen como esculturas en las estanterías de su estudio madrileño. Como en un atelier de otra época, el espacio se abre con un salón alfombrado en el que recibir a las clientas, entre centros de flores, música francesa y lámparas de *chandelier*. Al fondo y a la vista, el taller. En baldas y mesas de trabajo se reparten los utensilios con los que da vida a las creaciones de su firma, Balel. «Si entrara aquí un sombrerero de principios del siglo XX sabría manejarse sin problema: utilizo las mismas herramientas que se usaban hace 100 años». Planchas de hierro para pegar la paja antes de coserla u hormas de madera que ha ido rescatando por anticuarios de todo el mundo. «No queda casi nadie que las produzca y son muy difíciles de fabricar, como todo lo redondo». Hay innovaciones en algunos materiales: «Antiguamente, este era un oficio en el que todos se volvían locos con 20 años, por todos los vapores que respiraban del apresto. Llevaba magnesio». Aunque cada una de las piezas es realizada a mano por la propia diseñadora, también se impone la tecnología moderna. «Hay cosas en las que merece la pena innovar. Ahora estoy investigando y practicando con la impresión en 3D: me permitirá escanear la cabeza de alguien, por ejemplo de Singapur, e imprimir el molde sobre el que sacar el sombrero aquí en Madrid».

La curiosidad le viene de serie: en lo que hoy suena a vida anterior, Terroso estudió ingeniería agrónoma y trabajó 10 años en la construcción naval. Inventaba horquillas y diademas en su tiempo libre, hasta que un día una mujer la paró por la calle. Resultó ser una buena compradora de las grandes *maisons* que le presentó a una estilista de Dior. Unos meses después estaba confeccionando sombreros para la icónica firma francesa. «Hice mis primeros modelos desde casa, trabajando encima de la lavadora; pronto empezaron a llegar más encargos y hasta hoy. De aquello han pasado seis años». En su puerta no hay ni un cartel, pero su rincón secreto se ha transmitido boca a boca entre los amantes del buen hacer. «Viene gente de todo el mundo. La última clienta volaba de Costa Rica a la ópera en Viena, pero hizo una parada en Madrid para comprarme



PRESERVAR EL SABER HACER

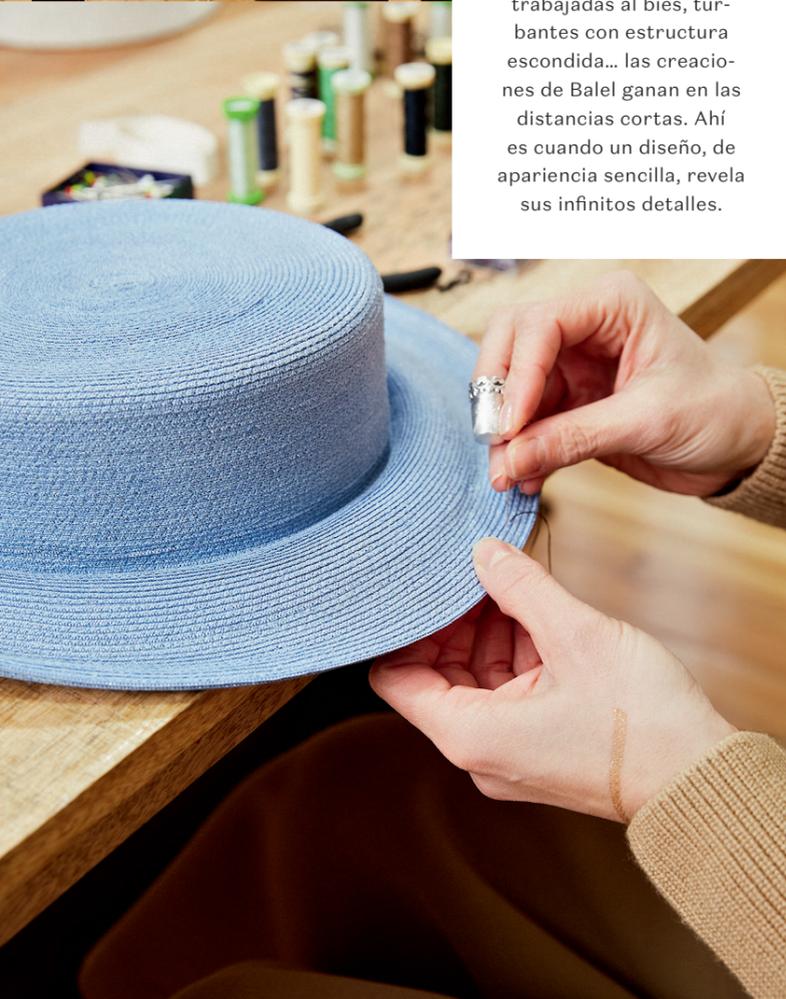
«Tengo una boda y necesito...», suele ser el inicio de una relación a largo plazo entre Isabel Terroso y sus clientas en este atelier en Madrid (Claudio Coello, 25). «El sombrero bien hecho es un fondo de armario», dice.





PUNTADAS SIN HILO

Costuras ocultas, telas trabajadas al bies, turbantes con estructura escondida... las creaciones de Balel ganan en las distancias cortas. Ahí es cuando un diseño, de apariencia sencilla, revela sus infinitos detalles.



varias piezas. La oferta que existe se ha ido mucho al tocado, que tiende a abusar de la silicona y a prescindir del diseño». Balel apuesta por recuperar el oficio y técnicas en peligro de extinción: el teñido, la paja cosida, las flores de tela...

Esta antítesis artesana a la industria es cada vez más valorada por un consumidor que demanda excelencia y exclusividad. «Se confunde lujo con supermercado. El lujo real hoy es comprar algo único; el trabajo de una persona que ha parado el tiempo y se ha dedicado a hacer algo sin prisas». Terroso busca conmovir. «La belleza es serenarse. Da paz. Deberíamos replantearnos el modo en el que compramos y el poco valor que damos a las cosas, que son de usar y tirar. Lo poco que las impregnamos de nuestros recuerdos. Yo admiro las que se pueden heredar. Creo que tenemos que aprender a poseer menos, cuidarlo, llenarlo de emociones y después pasárselo a otra persona. Es más romántico». Con su labor reivindica la necesidad de rescatar elementos y costumbres: «Aunque en apariencia somos más atrevidos en el vestir, me parece que falta valentía y personalidad. Hay mucho *influencer*, pero poco referente».

Oscar Wilde decía que un buen diseño es aquel en el que ni sobra ni falta nada, una enseñanza que se ha convertido en mantra en este taller. «Una creación es perfecta cuando no puedes ni añadir ni quitar ningún elemento, porque se perdería el equilibrio. Esa es mi obsesión». Admiradora férrea del concepto de estilo japonés, en el que prima la sencillez hasta que se descubren los acabados y detalles, la creativa puede dedicar hasta dos semanas a un solo ejemplar. «Me puede inspirar una tela, una película, un abrigo... o incluso la dificultad que me plantea un encargo». También una imagen de su memoria: «Mi abuelo, que nunca se quitaba el sombrero» ●

"ADMIRO LAS
COSAS QUE
SE PUEDEN
HEREDAR"

